

INT-0842

e.1

Distr.  
INTERNA

LC/IN. 98  
15 de agosto de 1990

ORIGINAL: ESPAÑOL

---

C E P A L

Comisión Económica para América Latina y el Caribe

Seminario "Los temas CEPAL-Prebisch"  
Santiago de Chile, 3 al 5 de septiembre de 1990



LAS PRIMERAS ENSEÑANZAS DE RAUL PREBISCH \*/

Aldo Ferrer

\*/ Colaboración solicitada por la Revista de la CEPAL. Las opiniones expresadas en este documento, que no ha sido sometido a revisión editorial, son de la exclusiva responsabilidad del autor y pueden no coincidir con las de la Organización.

90-8-1326



## LAS PRIMERAS ENSEÑANZAS DE RAUL PREBISCH

Aldo Ferrer  
Buenos Aires, marzo de 1990

Raúl Prebisch fue mi Profesor de Economía Política en la Universidad de Buenos Aires en el año de 1947. Desde entonces y hasta el fin de su vida mantuve con mi antiguo maestro una relación de amistad y afecto no desprovista de algunas discrepancias sobre la política económica argentina. En estas notas rememoro dos momentos de mi relación con Prebisch: sus primeras enseñanzas en la Universidad y su gestión como Asesor Económico del Gobierno Argentino después del derrocamiento de Perón en 1955.

1. Cuando se iniciaron las clases del año lectivo de 1947, circuló en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, la versión que Raúl Prebisch reasumía su cátedra de Dinámica Económica. El economista se había distanciado de sus tareas docentes al tiempo de su renuncia a la Gerencia General del Banco Central, después del golpe militar de 1943. El regreso de Prebisch generó considerable expectativa. La mayor parte de los alumnos teníamos una reacción visceral contraria a los regímenes conservadores a los cuales Prebisch había servido en importantes posiciones públicas. Sin embargo, su prestigio académico lo colocaba por encima de las contingencias de la vida

politica.

El primer día de clases, a mediados de marzo, Prebisch entró al pequeño anfiteatro ubicado en la intersección de la Avenida Córdoba y Junín, frente al lugar que ocupa actualmente la Sala de Profesores. Ese día vi entrar a un hombre bien plantado, cabeza erguida y estatura mediana, que promediaba sus años cuarenta. Traje oscuro, camisa blanca y corbata clara, la elegancia estaba a la altura de su porte. Subió el estrado, observó la audiencia y con voz firme y pausada comenzó diciendo: "Señores, iniciamos hoy este curso en el cual me propongo presentar ante ustedes mis reflexiones sobre el comportamiento del sistema económico en las condiciones contemporáneas".

Simultáneamente con el curso, Prebisch dictaba un seminario. Allí había más oportunidad de dialogar e intimar con el Profesor. En la primera reunión del seminario, Prebisch planteó un interrogante a los asistentes. Comenzó diciendo que estaba profundamente desilusionado con el pensamiento neoclásico, hegemónico en la enseñanza, la interpretación de los problemas y la fundamentación de la política económica. Enseguida preguntó: "¿a qué atribuyen ustedes esta reacción mía frente al pensamiento económico tradicional?". Por unos instantes la audiencia permaneció en silencio. Ante la espera expectante del Profesor, me animé a responder. "Doctor, dije, la causa debe ser que ese pensamiento no ayuda a resolver los problemas del mundo

real". Prebisch me miró y replicó: "Exactamente, así es". Se extendió entonces sobre los problemas que confrontó como operador de la política económica argentina en la década de 1930 y, especialmente, en la conducción del Banco Central. Explicó que el enfoque convencional resultó impotente para responder a las consecuencias de la crisis mundial y su impacto en la economía argentina. Entonces, a tientas y sin un marco de referencia teórico, fue buscando respuestas de las políticas fiscal, monetaria y cambiaria que permitieran resolver el fuerte desequilibrio de los pagos externos ocasionado por el colapso del poder de compra de las exportaciones y la fuerte contracción de la producción y el empleo. En la realidad y en esta búsqueda, Prebisch promovió y aplicó políticas compensatorias que resultarían pioneras y cuyo fundamento, hacia la misma época, estaba desarrollando un Profesor de Cambridge. Prebisch fue uno de los primeros economistas que tomó nota de la revolución keynesiana y la difundió en América Latina.

Cuando concluía cada sesión de seminario, Prebisch salía de la Facultad y caminaba hasta la esquina de Callao y Charcas, que había sido el sitio de la antigua sede de nuestra casa de estudios. Don Raúl fue siempre un gran caminador. Entre los factores explicativos de su excelente salud identificaba el caminar, ejercicio al cual, años más tarde, se le atribuirían funciones aeróbicas. Prebisch sabía esto por instinto antes de las teorías del Dr. Cooper y otros especialistas en la materia.

Muchas veces acompañé a Prebisch en aquel trayecto.

Una de las tareas del seminario consistía en preparar monografías breves. Mi primer trabajo académico sobre economía fue encargado por Prebisch y consistió en un comentario del libro de Fritz Machlup sobre el multiplicador del comercio exterior. Al Profesor le gustó y comentó al respecto: "tiene Ud. un vocabulario bastante más amplio que la mayoría de los economistas cuyo conocimiento del idioma es bastante mediocre". Prebisch siempre tuvo una justificada preocupación por las cuestiones estilísticas. La claridad de su lenguaje contribuye a explicar la repercusión de sus ideas. Sus trabajos se entienden. Esto es más de lo que puede decirse de los productos intelectuales de buena parte de sus colegas que encierran la disciplina en ejercicios, frecuentemente estériles, reservados para entendidos.

A mediados de año concluyó el curso y el seminario. Poco después, el Gobierno volvió a excluirlo de la Cátedra. Así terminó su carrera docente en la Universidad de Buenos Aires. Prebisch buscó entonces nuevos horizontes fuera del país que lo proyectarían como el más notorio economista de América Latina y del mundo en desarrollo.

Las ideas que Prebisch difundió con sus escritos desde el ámbito de la CEPAL, las planteó por primera vez orgánicamente en la Universidad de Buenos Aires en 1947. No es casual que fuera un economista argentino el que iniciara la renovación teórica en

América Latina. Nuestro país era hacia fines de la década de 1940 el más avanzado de la región. Dada su dotación de recursos naturales y humanos, la economía argentina había alcanzado, hacia 1930, los más altos niveles de ingreso e inserción internacional. El crecimiento ligado al mercado mundial había permitido, en el curso de siete décadas, abarcar a la mayor parte de la población activa. El estilo de crecimiento hacia afuera había alcanzado su máximo nivel de desarrollo en la Argentina antes de la crisis de los años treinta. El sistema financiero era el más sofisticado. Cuando estalló la crisis, existía un desarrollo del mercado de capitales mayor que en cualquier otro país de América Latina.

Este era el escenario. ¿Y cuál el personaje?. En primer lugar, un hombre lúcido con una profunda vocación analítica dispuesto a comprender la realidad circundante más allá de los clichés teóricos convencionales. Prebisch tenía, además, una rica experiencia operativa. Esto selló un rasgo distintivo de su carrera: comprender para actuar. Permanentemente, sin solución de continuidad, transitaba de la reflexión teórica a la conclusión propositiva relevante para la política económica. Desde la década de 1920 se destacó como un analista sagaz. En la siguiente, desempeñó puestos importantes en la conducción económica hasta su designación en 1935, como Gerente General del recién creado Banco Central. Estos atributos personales y tal experiencia conformaban la personalidad del profesor que, aquella mañana de mediados de marzo de 1947, comenzaba sus

dísertaciones en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires.

¿Cuáles eran las reservas de Prebisch con el modelo neoclásico y su interpretación de las tendencias del mundo real de la temprana posguerra?. ¿Qué conclusiones debían extraerse de la depresión de los años treinta que provocó el derrumbe del orden económico internacional y desembocó, finalmente, en la Segunda Guerra Mundial?. ¿Qué alcance tenía el replanteo teórico en marcha?.

Hasta la crisis de 1930, el enfoque neoclásico prevaleció en la América Latina. El mismo garantizaba el ajuste de los pagos internacionales en condiciones de pleno empleo de los recursos disponibles siempre y cuando se mantuvieran políticas de libre cambio. La libertad de comercio y pagos internacionales permitía aprovechar las ventajas comparativas derivadas de la disponibilidad de recursos y aseguraba el equilibrio de los precios, la tasa de interés y el tipo de cambio. Cualquier desvío por imprudentes políticas de expansión del crédito interno y el gasto público provocaba una caída de reservas internacionales, la contracción de la base monetaria, el aumento de la tasa de interés, la caída de la demanda y, finalmente, el restablecimiento del equilibrio. Si el desvío inicial se producía por un cambio en las condiciones internacionales, por ejemplo, una caída de los precios de las exportaciones, la



economía recorría el mismo camino de ajuste. El sistema permitía absorber los cambios en los ingresos reales de los factores de la producción y mantener la estabilidad del nivel general de precios.

La tentativa inicial de responder a los acontecimientos extraordinarios desencadenados por la crisis mundial de los años treinta con ese andamiaje teórico provocó un desastre. La caída del comercio mundial y la crisis de los mercados financieros generaron un desequilibrio de los pagos internacionales inmanejable con las políticas convencionales. La pretensión de restablecer el equilibrio perdido mediante la contracción del gasto agravó la caída de la producción y el empleo. La resultante caída de las importaciones fue insuficiente para compensar la violenta disminución de las exportaciones. Con la notable excepción de la Argentina, la crisis de los pagos internacionales generalizó en la América Latina las decisiones unilaterales de moratoria sobre la deuda externa.

La década de 1930 dejó en la memoria colectiva de la región el convencimiento de que la crisis no era una fase más del ciclo económico. En la Argentina, desde mediados de la década de 1930, la política cambiaria, fiscal y monetaria, procuró compensar los efectos de la contracción de las exportaciones y de las entradas de capitales sobre la demanda interna, la producción y el empleo. Por otra parte, comenzaban a influir en la región el replanteo teórico de Keynes, las políticas del New Deal y la creciente

intervención del Estado para enfrentar las consecuencias de la crisis. El proteccionismo y los controles de cambios se generalizaron en los países industriales. En Alemania e Italia la crisis arrasó con los paradigmas teóricos y políticas convencionales y, además, con los sistemas democráticos.

La Segunda Guerra Mundial introdujo conmociones adicionales en la América Latina. La interrupción de las fuentes tradicionales de importaciones provocó el aislamiento forzado de las economías de la región. La sustitución de importaciones fue una imposición de los hechos. Cada economía nacional respondió en función de su acervo industrial y tecnológico previo, la dimensión del mercado nacional, la capacidad de respuesta del sector público y la madurez del privado.

Cuando terminó la guerra, habían transcurrido quince años de considerables transformaciones en la estructura económica y la inserción internacional de América Latina. En el resto del mundo, la reconstrucción de posguerra en Europa y Japón se asentaba en políticas proteccionistas y en regulaciones sobre el comercio exterior y los pagos internacionales. La esfera de acción de Estado se amplió con nacionalizaciones en el área financiera y políticas de ingresos fundadas en controles de precios y salarios.

En los últimos años de la década de 1940 se había desplomado el universo neoclásico predominante en la América Latina desde

mediados del siglo XIX hasta 1930. Con el derrumbe de los paradigmas teóricos se desacreditaron las políticas tradicionales. La región carecía en aquel entonces de una teoría del desarrollo de largo plazo y del equilibrio en el corto. El patrón oro, el libre cambio, la limitación de la intervención pública y el respeto a las virtudes de las leyes del mercado, no soportaron el embate de los tres lustros inaugurados en 1930 y cerrados con el fin de la guerra.

El terreno era fértil para la búsqueda de nuevas respuestas a los problemas del desarrollo y el equilibrio. El mayor aporte de Prebisch fue su decisión de comprender estos problemas desde nuestras perspectivas. Es decir, desde la realidad de lo que poco después definiría como los países periféricos. Tradicionalmente se había observado el universo económico con las teorías gestadas en los centros del sistema internacional. Esto impedía comprender la propia realidad y, consecuentemente, encontrar respuestas válidas a los problemas del crecimiento y la estabilidad. El costo de operar con ideas prestadas en los años de la crisis fue abrumador. No debía repetirse el error. Cuando, a partir de la década de 1970, el pensamiento ortodoxo de cuño monetarista volvió a predominar en América Latina se comprobó, otra vez, cuán acertada era aquella intención de Prebisch.

En 1947, Prebisch estaba empeñado en explicar el

comportamiento de los términos de intercambio entre las exportaciones primarias de la periferia y de manufacturas de los centros. A su juicio era el principal factor revelador de la distribución de los frutos del progreso técnico en la economía mundial. La causa explicativa radicaba en la abundancia relativa de mano de obra en la periferia respecto de los centros. Por este motivo, en los países industriales, el aumento de la productividad generado por el progreso técnico era retenido por los factores de la producción mediante el aumento de los salarios reales y las ganancias. En la periferia, en cambio, era trasladado a los compradores mediante la baja de los precios relativos de las exportaciones. La posibilidad de aumentar el empleo a los mismos niveles de salarios reales impedía que el trabajo participara en los frutos del progreso técnico. Esta relación desigual entre el centro y la periferia cuestionaba la validez del paradigma neoclásico. Denunciaba, al mismo tiempo, la inequidad en el reparto de los beneficios de la división internacional del trabajo y de las ventajas comparativas determinadas por la dotación relativa de factores de la producción.

A su vez, la vigencia del patrón oro y la libre circulación de capitales sometía a los países de la periferia a las contingencias del ciclo económico en los centros industriales. El patrón oro sancionaba la impotencia de la periferia para responder a las variaciones producidas en las economías centrales

del sistema. En tales condiciones, el proceso de ajuste era penoso e imponía un elevado costo económico y social a los países periféricos.

Si el orden económico mundial se comportaba de tal manera, las políticas librecambistas provocaban, en la periferia, el estancamiento económico de largo plazo y, en el corto, la inestabilidad de la producción y el empleo, los precios y la distribución del ingreso. Del cuestionamiento frontal a estas consecuencias del funcionamiento del mercado surgía, inevitablemente, un rechazo al paradigma librecambista y una política económica alternativa. Como la especialización en la producción y exportaciones primarias eran incompatibles con la retención interna de los frutos del progreso técnico, era necesario crear otras actividades productivas y fuentes de empleo. Es decir, la industrialización era indispensable. Al mismo tiempo, dado que la libertad del movimiento de capitales y de los tipos de cambio provocaban un proceso de ajuste de elevado costo económico y social, era preciso regular el mercado de cambios y los movimientos de fondos con el exterior.

Todo esto venía ocurriendo de hecho desde la década de 1930. Tales fueron las respuestas ad hoc de la política económica de varios países de la América Latina frente a los problemas planteados por la crisis mundial. Pero a partir del replanteo teórico de Prebisch, esas políticas dejaban de ser decisiones transitorias hasta tanto se restableciera la "normalidad", es

decir, el universo neoclásico. Desde entonces, la industrialización y la intervención del Estado en los cambios internacionales y otros mercados se convirtieron en objetivos e instrumentos centrales de la política económica. No eran medidas pasajeras de emergencia sino políticas que buscaban transformar el sistema productivo y la inserción internacional mediante la intervención explícita del poder político en la asignación de recursos.

Estos planteos iniciales provocaron un efecto en cascada. Si la industrialización debía asumir el liderazgo del desarrollo era necesario observar qué habían hecho otros países de desarrollo industrial tardío respecto del que había liderado la primera revolución industrial, Gran Bretaña. La experiencia de los Estados Unidos, Alemania, Japón y otros países, era reveladora. En todos los casos, la industrialización se apoyó en la protección del mercado interno y su reserva para la producción industrial. Por otra parte, la intervención del Estado no se limitó a imponer restricciones a las importaciones competitivas de la producción nacional. Abarcó otros instrumentos de apoyo, en particular, el financiamiento de la formación de capital.

En consecuencia, era necesario asentar la industrialización sobre el mercado interno y extender la acción pública a diversas áreas que convergían hacia el mismo objetivo industrialista. De este modo, el crecimiento hacia adentro contó, desde fines de la

década de 1940, con una convincente argumentación teórica y, en algunos países, políticas cada vez más alejadas del paradigma librecambista.

La evolución de la política económica en las principales economías de la región, reforzó tendencias observables desde la década de 1930. El Estado emergió como un protagonista principal del proceso de desarrollo y su intervención se centró en tres áreas principales. Primero, la elevación de aranceles, los controles de cambio y otras restricciones a las importaciones para reservar el mercado interno a la producción nacional y viabilizar la sustitución de importaciones. Segundo, ampliar la infraestructura de transportes, comunicaciones y energía mediante la expansión de la inversión pública y la formación de empresas estatales en esos sectores y, crecientemente, en algunas industrias de base que demandaban fuertes inversiones de capital. Tercero, la aplicación de subsidios y, en particular, el manipuleo de los precios relativos, en favor de las industrias en expansión. Al concluir la década de 1940, las principales economías de la región contaban no sólo con una teoría que justificaba la intervención pública para realizar la industrialización y la transformación de la estructura productiva. Disponían, además, de un arsenal intervencionista que influía poderosamente en el funcionamiento de los mercados, la determinación de la producción y el ingreso, el comercio exterior, la formación de capital, los precios relativos y la

distribución del ingreso.

2. No volví a ver a Prebisch desde su alejamiento de la Universidad hasta que, a principio de 1950, nos encontramos en Nueva York, en donde me desempeñaba como funcionario de la Secretaría General de las Naciones Unidas. En esos días Prebisch estaba acordando su paso de la Dirección de Estudios de la CEPAL a la conducción de su Secretaría Ejecutiva. La Secretaría General de Naciones Unidas, era en aquel tiempo uno de las usinas de las nuevas teorías del desarrollo y se desempeñaban en su staff economistas eminentes como Michael Kalecki y Hans Singer. Este último apadrinaria con Prebisch, la teoría de la tendencia secular al deterioro de los términos de intercambio de los productos primarios. En Nueva York seguí muy de cerca las investigaciones pioneras de la CEPAL y publiqué mis primeros trabajos. Uno de ellos, sobre salarios reales y distribución del ingreso, en colaboración con el economista mexicano Horacio Flores de la Peña, que integraba el equipo de Kalecki. Los economistas principales de la CEPAL visitaban con alguna frecuencia la sede de la Secretaría General y en esas ocasiones establecí mis primeros vínculos de amistad e intelectuales con Celso Furtado y otros eminentes economistas latinoamericanos.

A principios de 1953, renuncié a mi cargo en Naciones Unidas y regresé a Buenos Aires. Me incorporé entonces a la actividad política como afiliado a la Unión Cívica Radical, la Presidencia



de cuyo Comité Nacional ejercía un joven, talentoso y ascendente político, Arturo Frondizi. Eran esos los tiempos finales del primer Gobierno peronista. El régimen se derrumbaba agobiado por los conflictos desencadenados por sus propias políticas y por las fracturas existentes en la sociedad argentina.

Mis tareas en el partido eran las de asesor económico del Comité Nacional y del bloque de diputados nacionales, cuya presidencia ejercía Oscar Alende. En el equipo de asesores trabajábamos, entre otros, Norberto González, Federico Herschell y Samuel Itzcovich. Elaboramos diversos trabajos de apoyo a las posiciones críticas asumidas por el radicalismo. Desde las perspectivas que conformaban entonces el paradigma teórico emergente en América Latina, criticábamos la irracionalidad de la política de ingresos del peronismo, el atraso de la inversión, el insuficiente desarrollo de la infraestructura y las industrias de base, el castigo a las actividades exportadoras y la apertura a la participación al capital extranjero que el gobierno estaba promoviendo en el petróleo y otros sectores. Es decir, criticábamos el peronismo por su inconsecuencia con varias de sus propuestas transformadoras iniciales. La crítica se ubicaba en el contexto del rechazo de las violaciones del peronismo a la legalidad democrática. En estos enfoques se asumían las posiciones "nacionales y populares" que el radicalismo había consagrado en la Declaración de Avellaneda de 1947. Uno de los principales exponentes de este pensamiento era el mismo Frondizi,

cuyo libro "Petróleo y política" estaba enrolado en la corriente anti-imperialista y progresista.

Estas referencias vienen a cuento para encuadrar la segunda evocación de mi relación con Prebisch. En septiembre de 1955, Perón fue derrocado y, al poco tiempo, el Gobierno llamado de la Revolución Libertadora convocó a Raúl Prebisch, a la sazón Secretario Ejecutivo de la CEPAL. Prebisch aceptó actuar como asesor económico sin asumir responsabilidades ejecutivas. Elaboró en los últimos meses de 1955 varios informes que presentó a las autoridades y fueron objeto de un amplio debate público. El primer trabajo fue el "Informe preliminar acerca de la situación económica". Más tarde presentó otros dos documentos: "Moneda sana o inflación incontenible" y "Plan de restablecimiento económico". Este conjunto de ideas y propuestas fueron identificadas en su tiempo como el Plan Prebisch.

La Unión Cívica Radical adoptó una postura crítica frente al programa de Prebisch. Los jóvenes economistas asesores del Comité Nacional y de la representación del partido ante la Junta Consultiva, cuyo principal delegado era Oscar Alende, elaboramos diversos trabajos que proporcionaban argumentos y datos a los voceros del partido. El enfoque de Prebisch nos parecía muy conservador, con un excesivo énfasis en el ajuste externo, la estabilidad de precios y las virtudes del capital extranjero y un juego más libre de las fuerzas de mercado. Criticábamos también las ausencias que detectábamos en las cuestiones estructurales y

sociales y en otras que permitirían reforzar la posición argentina frente a los intereses foráneos.

Don Raúl estaba perplejo frente a las críticas de sus antiguos discípulos y, en el terreno teórico, epígonos de sus ideas centrales. Nosotros nos atrevíamos a suponer que cuando volvía a la Argentina a ocuparse de los problemas concretos e inmediatos de la economía nacional, renacía el antiguo funcionario del régimen conservador de la década de 1930, con sus viejos amigos y preocupaciones dominantes sobre las cuestiones monetarias y del balance de pagos. Lo cierto es que, a su vez, los conservadores tradicionales rechazaban las ideas que había desarrollado y propagado en la Argentina y la América Latina. Las posiciones de Prebisch sobre el manejo del corto plazo de la economía argentina, cuestión a la que volvió varias veces a lo largo de los años después de 1955, realimentaron las dudas de sus discípulos y de otros economistas que reconocían en él al pionero de las nuevas ideas del desarrollo. Mientras en el resto de América Latina y el Tercer Mundo, Prebisch es el principal exponente del pensamiento renovador, en la Argentina su figura conserva matices más complejos y contradictorios.

Poco tiempo después, me designaron Consejero Económico de la Embajada Argentina en Londres y, a mediados de 1956, formé parte de la Delegación Argentina a la reunión del ECOSOC en Ginebra. Allí estaba Prebisch que había vuelto a sus funciones en la CEPAL.

y concluido sus funciones como Asesor Económico del Gobierno revolucionario. Hablamos largo sobre las incidencias del año anterior y las posturas críticas del radicalismo. A Prebisch le preocupaban especialmente las críticas provenientes del campo "progresista". Traté de explicarle que el radicalismo buscaba una nueva síntesis integradora con las fuerzas populares del peronismo derrotado y un paradigma de política económica alejado de las recetas ortodoxas y asentado en propuestas de contenido "nacional y popular". Esto implicaba, desde luego, un manejo heterodoxo del corto plazo. Este, aún reconociendo la necesidad del equilibrio fiscal y la prudencia monetaria, se alejaba del énfasis que Prebisch colocaba en el proceso de ajuste y la reinserción del país en las corrientes financieras internacionales. Desde luego no lo convencí. Cuando concluyó su misión en Ginebra fui a despedirlo al Aeropuerto. Lo encontré frente a un generoso almuerzo. Cuando concluyó con el buen vino y una variedad de quesos, pidió café y ¡sacarina!. Cuando advirtió mi sonrisa: "No se ría, me dijo, la sacarina, como la confesión de los católicos, exime los pecados".

En 1959, mientras me desempeñaba como Ministro de Economía y Hacienda en el Gobierno de Alende en la Provincia de Buenos Aires, volví a encontrarme con Prebisch. A fines del año anterior, el Gobierno de Frondizi había firmado un convenio con el F.M.I. y estaba empeñado en una política fiscal y monetaria de signo ortodoxo. La desazón en las filas del radicalismo

intransigente era grande. Cuando nos vimos en Buenos Aires, Don Raúl me increpó: "Dígame, amiguito, me puede explicar ahora por qué criticaron mis propuestas?". En ese tiempo, la respuesta era difícil. Con la perspectiva histórica puede decirse que aquellas decisiones de Frondizi y Rogelio Frigerio formaban parte, como se diría ahora, de un "shock capitalista" de acumulación y crecimiento, pero esta es harina de otro costal.

